

CARTA DEL AUTOR AL TRADUCTOR

Puede ser estimada como Prefacio ¹

Vuestra traducción de mis Principios es tan clara y perfecta, que espero que sean leídos por más personas en francés que en latin y que sean mejor comprendidos. Sólo temo que el título desaliente a quienes no han seguido estudios o bien a quienes ya se han formado una mala opinión de la Filosofía, pues la que les ha sido enseñada no les ha satisfecho. Por todo ello creo que sería conveniente incorporar un Prefacio que les diera a conocer cuál es el tema del tratado, qué propósito ha guiado su redacción y qué utilidad puede reportar su lectura. Aun cuando parece que debería asumir la composición de este Prefacio puesto que debo conocer el contenido del tratado mejor que nadie, sin embargo no me cabe otra tarea que la de exponer sucintamente (1) los principales puntos que, en mi criterio, deberían ser tratados en él mismo; dejo a vuestra discreción el dar a conocer lo que juzguéis adecuado.

Hubiera explicado, en primer lugar, lo que es la Filosofía, iniciando la exposición por los temas más difundidos; éste es el caso de lo que significa la palabra Filosofía: el estudio de la Sabiduría; que por Sabiduría no sólo hemos de entender la prudencia en el obrar,

¹ La misma titulación nos advierte que estamos ante una variante/incorporación respecto de la primera edición en latin; la edición latina de 1650 ya incorporó la traducción de este texto.

sino un perfecto conocimiento de cuanto el hombre puede conocer, bien en relación con la conducta que debe adoptar en la vida, bien en relación con la conservación de la salud o con la invención de todas las artes; que para que este conocimiento sea tal, es necesario que sea deducido (2) de las primeras causas, de suerte que, para intentar adquirirlo, a lo cual se denomina filosofar, es preciso comenzar por la investigación de las primeras causas, es decir, de los Principios (3); que estos Principios (4) deben satisfacer dos condiciones: de acuerdo con la primera han de ser tan claros y tan evidentes que el espíritu humano no pueda dudar de su verdad cuando atentamente se dedica a examinarlos; de acuerdo con la segunda, el conocimiento de todas las otras cosas ha de depender de estos principios, de modo que pudieran ser conocidos sin que las otras cosas nos fueran conocidas, pero no a la inversa, esto es, éstas sin aquéllos; además, es preciso intentar deducir de tal forma de estos principios el conocimiento de las cosas que dependen de ellos, que nada haya en toda la serie de deducciones efectuadas que no sea muy manifiesto. Sólo Dios es perfectamente sabio, es decir, sólo Dios posee un conocimiento completo de la verdad de todas las cosas (5); no obstante, cabe decir que los hombres poseen mayor o menor Sabiduría en razón del conocimiento mayor o menor que posean de las verdades más importantes. En todo cuanto ha sido dicho, no creo que exista algo que no sea aceptado por todos los doctos.

Además, hubiera inducido a la consideración de la utilidad de esta Filosofía y mostrado que, puesto que se extiende a cuanto el espíritu humano puede saber, se debe creer que sólo ella nos distingue de los más salvajes y bárbaros y que las naciones son tanto más civilizadas (6) y educadas, cuanto mejor filosofen sus hombres; así pues, disponer de verdaderos Filósofos es el mayor bien que puede acaecer a un Estado. Es más, no sólo es útil para todo hombre vivir en compañía de quienes se dedican a este estudio, sino que es incomparablemente mejor que cada hombre se entregue al mismo, tal y como, sin duda alguna, es mucho más deseable servirse de los propios ojos para orientarse y para disfrutar de la belleza de los colores y de la luz que seguir las instrucciones de otro y mantenerlos cerrados. No obstante, esto último es preferible a mantener cerrados los ojos y sólo contar con uno mismo para orientarse. Vivir sin filosofar equivale a tener los ojos cerrados sin alentar el deseo de abrirlos; no obstante, el placer de observar todas las cosas que nuestra vista des-

ubre, no es comparable en modo alguno a la satisfacción que genera el conocimiento de lo que la Filosofía descubre; más aún, este estudio es más necesario para reglar nuestras costumbres y nuestra conducta en la vida de lo que lo es el uso de los sentidos para guiar nuestros pasos. Los animales que sólo deben de conservar su cuerpo, se ocupan de modo constante en buscar con qué alimentarlo; los hombres, sin embargo, cuya parte principal es el espíritu, deberían afanarse principalmente en la búsqueda de la Sabiduría pues es su verdadero alimento. Seguro estoy de que muchos serían los que se entregarían a tal fin si tuvieran esperanza de lograr éxito y sospecharan de cuánto son capaces. No hay alma por poco noble que sea, que permanezca tan aferrada a los objetos de los sentidos que no llegue a distanciarse de ellos como para no desear en algún momento algún otro bien aun cuando frecuentemente ignore en qué consiste. Quienes son más favorecidos por la fortuna, quienes gozan de buena salud, disfrutan de honores, riquezas, no están más libres de este deseo que los restantes hombres; por el contrario, estoy persuadido de que ellos son quienes persiguen más ardientemente algún otro bien, más soberano que todos cuantos poseen. Ahora bien, este soberano bien, considerado por la luz natural sin ayuda de la fe, no es otra cosa que el conocimiento de la verdad por sus primeras causas, es decir, la Sabiduría, cuyo estudio desarrolla la Filosofía (7). Puesto que cuanto he expuesto es verdad, no sería difícil persuadir de todo ello si fuese adecuadamente expuesto.

Ahora bien, habría explicado sumariamente en qué consiste toda la ciencia alcanzada y cuáles son los grados de Sabiduría a los que se ha accedido, ya que la experiencia no nos autoriza a estimar verdaderamente cuanto he expuesto, pues nos muestra que quienes hacen profesión de filósofos son frecuentemente menos sabios y menos razonables que otros que nunca se han dedicado a su estudio (8). El primero sólo contiene nociones que son tan claras por sí mismas que pueden ser obtenidas sin meditación. El segundo comprende todo cuanto la experiencia de los sentidos nos permite conocer. El tercero, cuanto nos enseña la conversación que mantenemos con otros hombres. El cuarto, permite considerar cuanto se adquiere mediante la lectura, no de todos los libros, sino sólo de aquellos que han sido escritos por personas capaces de otorgar buenas enseñanzas, ya que su lectura es una especie de conversación que mantenemos con sus autores. Estimo que cuanta Sabiduría se acostumbra a poseer, sólo se

adquiere mediante estos medios, pues no incluyo la revelación divina ya que no nos conduce gradualmente, sino que nos eleva de golpe a una creencia infalible. Mas en todas las épocas los hombres eminentes han intentado hallar un quinto grado, incomparablemente más alto y más seguro que los otros cuatro, para acceder a la Sabiduría; consiste en indagar las primeras causas y los verdaderos Principios a partir de los cuales se pudiera deducir las razones de todo cuanto se puede saber; a quienes se han afanado en ello es a los que se denomina Filósofos. Sin embargo no sé de alguno que haya logrado éxito en tal tarea. Los primeros y principales cuyos escritos poseemos, son Platón y Aristóteles; no cabe destacar otra diferencia entre ellos, sino que Platón, siguiendo las huellas de su maestro Sócrates, ha confesado ingenuamente que no había podido acceder al conocimiento de algo cierto y se ha satisfecho con escribir lo que le ha parecido verosímil, imaginando a tal efecto algunos Principios mediante los cuales intentaba dar razón de otras cosas. Aristóteles, por el contrario, fue menos franco y, si bien fue discípulo de Platón durante veinte años, no formuló otros principios que los de Platón aun cuando modificó totalmente su exposición, llegando a proponerlos como verdaderos y seguros, aunque no existe apariencia alguna de que los considerara como tales. Estos dos hombres poseían un talento y Sabiduría muy superior a la que cabe obtener mediante los medios anteriormente expuestos; tal es la razón de su gran autoridad, de suerte que cuantos les sucedieron, se atuvieron preferentemente a seguir sus opiniones y no a indagar algo mejor. La principal disputa mantenida por sus discípulos tuvo por objeto discernir si se debían poner en duda todas las cosas o si, por el contrario, algunas eran ciertas. Unos y otros se vieron arrastrados a defender errores extravagantes: quienes estaban a favor de la duda, la hacían extensiva incluso a las acciones de la vida, de modo que menospreciaban conducirse con prudencia; quienes defendían la certeza, suponiendo que debía depender de los sentidos, les otorgaban una completa confianza, hasta el punto de llegar a decirse que Epicuro se atrevió a afirmar, oponiéndose a todos los razonamientos de los astrónomos, que el Sol no era de dimensiones mayores que las que parecía tener. Se percibe, pues, un defecto que suele constatarse en la mayor parte de las disputas: residiendo la verdad en el término medio de las dos opiniones opuestas, tanto más se aleja de ella cada uno de los que polemizan, cuanto mayor es su propósito de contradecir. Ahora bien, el error de quienes se inclinaban de par-

te de la duda, no fue mantenido por mucho tiempo; el error de los otros ha sido corregido en cierto modo en la medida en que se ha llegado a reconocer que los sentidos nos engañan en muchas circunstancias. Ahora bien, este error no creo que haya llegado a ser extirpado de raíz, haciendo ver que la certeza no reside en los sentidos, sino en el entendimiento cuando posee percepciones evidentes; que, disponiendo sólo de aquellos conocimientos que integran los cuatro primeros grados de Sabiduría, no debe dudarse de las cosas que parecen verdaderas en lo que a la conducta de la vida se refiere, pero tampoco deben ser estimadas tan ciertas que no pueda modificarse la opinión cuando a ello obliga la evidencia de alguna razón. Al desconocer esta verdad, o bien, siendo conocida, al no servirse de ella, la mayor parte de cuantos han deseado ser filósofos en los últimos años, han seguido ciegamente a Aristóteles hasta el punto de corromper con frecuencia el sentido de sus escritos, atribuyéndole diversas opiniones que, si de nuevo retornara a este mundo, no reconocería como propias. Por otra parte, quienes no han seguido a Aristóteles (entre los cuales han estado varios de los más destacados espíritus) no han dejado de estar imbuidos de estas opiniones desde su juventud, ya que son las únicas que se enseñan en las escuelas; ello ha dado lugar a que su espíritu esté tomado en forma tal por opiniones preconcebidas (9) que no han podido acceder al conocimiento de los verdaderos principios. Estimándoles a todos y no deseando hacerme odioso al criticarles, puedo aportar una prueba tal de lo expuesto que no pienso que alguno de ellos pueda rechazarla: todos ellos han supuesto como Principio algo que no ha sido perfectamente conocido. Por ejemplo, todos han invocado el peso como inherente a los cuerpos terrestres; y si bien la experiencia muestra con gran claridad que los cuerpos, denominados pesados, descienden hacia el centro de la tierra, sin embargo no conocemos cuál es la naturaleza de lo que se denomina peso, es decir, la causa o Principio que les hace descender de tal modo y que deberemos indagar de otra forma. Otro tanto cabe decir del vacío y de los átomos, del calor y del frío, de la sequedad y de la humedad, de la sal, del azufre y del mercurio, y de cuantas cosas semejantes han invocado como sus Principios. Puesto que todas las conclusiones deducidas de un Principio que no es evidente, no pueden ser evidentes, aunque hayan sido deducidas evidentemente, se sigue que cuantos razonamientos han sido fundados sobre tales principios, no han podido facilitarles el conocimiento

cierto de algo, como tampoco, en consecuencia, les ha permitido avanzar en la indagación de la Sabiduría. Es más, si han llegado a indagar algo verdadero, ha sido por alguno de los otros caminos descritos. Con todo, no deseo rebajar en nada el honor a que se han hecho acreedores; solamente estoy obligado a decir para consuelo de los que no han estudiado que así como al viajar, dando la espalda al punto al que nos hemos de dirigir, tanto más nos alejamos cuanto más tiempo y más rápidamente caminamos, de suerte que, colocados en el verdadero camino, nos cabe alcanzar el punto de destino tan pronto como si hubiésemos permanecido inmóviles; de igual modo, cuando se asumen falsos Principios, cuanto más se los cultive y cuanto más interés se ponga en obtener consecuencias a partir de ellos, estimando que ello es filosofar correctamente, tanto más nos alejamos del conocimiento de la verdad y de la Sabiduría. De ello se debe concluir que aquellos que desconocen lo que hasta ahora se ha denominado Filosofía, son los más capacitados para acceder al conocimiento de la verdadera filosofía.

Después de haber favorecido una correcta comprensión de estos temas (10), hubiera deseado exponer en este lugar las razones que sirven para probar que los verdaderos Principios, en razón de los cuales se puede acceder al más alto grado de Sabiduría, soberano bien de la vida humana, son los que he dado a conocer en este libro. Basta con dos de estas razones: la primera, estos principios son muy claros; la segunda, todas las otras cosas pueden ser deducidas. Es así, pues sólo estas dos condiciones son requeridas en los principios. Pruebo fácilmente que son muy claros: en primer lugar, por la forma en que los he hallado, a saber, rechazando todas las cosas a propósito de las cuales identifico la menor ocasión para dudar, ya que es cierto que las que no han podido ser rechazadas en razón de este criterio, habiendo sido consideradas con atención, son las más evidentes y las más claras que el espíritu humano pueda conocer. Así, apreciando que quien desea dudar de todo, no puede llegar a dudar de que él sea, mientras que está dudando, y que lo que razona de esta forma, no pudiendo dudar de sí mismo y dudando, sin embargo, de todo lo demás, no es lo que llamamos nuestro cuerpo, sino lo que llamamos nuestra alma o nuestro pensamiento, he tomado como primer principio el ser o la existencia de este pensamiento a partir del cual he deducido muy claramente todos los otros; a saber, que hay un Dios, que es el autor de todo lo que hay en el mundo, y que, siendo la

fuerza de toda verdad, no ha creado en modo alguno nuestro entendimiento de tal naturaleza que se pudiese engañar al emitir juicio sobre las cosas de las que tiene una percepción que es muy clara y muy distinta. Éstos son todos los principios de los que me sirvo en lo tocante a las cosas inmateriales o Metafísicas y a partir de los cuales deduzco muy claramente los principios de las cosas corporales o Físicas, a saber, que hay cuerpos extensos en longitud, anchura y profundidad, que tienen diversas figuras y se mueven de distintas formas. Tales son, en suma, los principios a partir de los cuales deduzco la verdad de las otras cosas. La segunda razón que prueba la claridad de estos principios es que han sido conocidos en todas las épocas y que, incluso, han sido aceptados como verdaderos e indudables por todos los hombres, exceptuando solamente la existencia de Dios que ha sido puesta en duda por algunos al haber atribuido excesivo valor a las percepciones de los sentidos cuando, por otra parte, Dios no puede ser visto ni tocado. Pero, aunque todas las verdades que sitúo entre mis Principios, hayan sido consideradas desde siempre por todos los hombres, nadie hasta el presente, que yo sepa, las ha reconocido como los Principios de la Filosofía; es decir, nadie las ha considerado de modo que se pudiera deducir el conocimiento de todas las otras cosas que son en el mundo. Tal es la razón por la que debo probar que son tales, no pudiendo hacerlo de forma más adecuada que haciéndolo ver por experiencia, es decir, invitando a los lectores a leer esta obra. Pues aunque no trate de todas las cosas, dado que es imposible, pienso haber explicado de tal modo todas aquellas de las que he tenido ocasión de tratar que, cuando las lean con atención, tendrán ocasión para persuadirse de que no es necesario indagar otros principios que los que he expuesto si desean acceder a los conocimientos más elevados de los que el espíritu humano es capaz. Principalmente si, después de haber leído mis escritos, se toman el cuidado de considerar cuán diversas cuestiones han sido explicadas y recorriendo también los escritos de los otros, aprecian cuán escasas razones verosímiles han podido aportar para explicar las mismas cuestiones en virtud de Principios diferentes a los míos. Y, con el fin de que emprendan con gusto esta tarea, podría haberles expuesto que quienes están imbuidos de mis opiniones son los que tienen una dificultad menor para comprender los escritos de otros y para apreciarlos en su justo valor; acontece todo lo contrario de lo que he dicho de quienes se inician por la antigua Filosofía: cuanto más se en-

tregan con afán a su estudio, tanto menos capaces son de comprender la verdadera filosofía.

También habría dedicado unas líneas con la finalidad de advertir acerca de la forma en que este libro debe leerse (11). Desearía que se leyese todo él y de forma completa como se hace con una novela, esto es, sin forzar en exceso la atención ni detenerse en las dificultades que puede suscitar su lectura; sólo con la finalidad de conocer en conjunto cuáles son las materias tratadas. Realizada esta lectura y si se considera que merecen ser examinadas y alienta la curiosidad de conocer las causas, puede realizarse una segunda lectura con la finalidad de apreciar la secuencia de mis razones; ahora bien, el lector no debe desanimarse si esta secuencia de las razones no es reconocida en todas las partes o si no se comprenden todas. Basta con marcar con un trazo de pluma los lugares en que se aprecian dificultades y proseguir la lectura sin interrupción hasta el fin del tratado. Si se realiza una tercera lectura, me atrevo a decir que se hallará la solución de las principales dificultades que han sido señaladas con anterioridad; si aún se mantienen algunas dificultades, la solución será hallada al efectuar una nueva lectura.

He apreciado, al analizar el natural de diversos espíritus, que no los hay tan rudos ni tan torpes que no sean capaces de nobles sentimientos, e incluso de adquirir todas las más altas ciencias si fueran conducidos tal y como es preciso serlo. También cabe ofrecer una prueba de ello puesto que, siendo los Principios tan claros y no debiendo deducir nada sino mediante razonamientos muy evidentes, siempre se tiene la suficiente capacidad de espíritu para comprender lo que depende de tales principios. Con independencia del impedimento de los prejuicios, de los que nadie se ve enteramente libre, aun cuando los que son más obstaculizados por ellos son los que han estudiado las falsas ciencias, casi siempre acontece que quienes son de espíritu moderado no aprecian el estudio por cuanto no se consideran capaces, y que quienes son más vivos, se apresuran en exceso; por ello asumen principios que no son evidentes y obtienen de ellos consecuencias inciertas. Por ello desearía garantizar a quienes desconfían en exceso de sus fuerzas, que nada hay en mis escritos que no puedan comprender perfectamente si se toman el cuidado de examinarlos; de igual modo, también advertiría a los segundos que incluso los espíritus más destacados tendrán necesidad de mucho tiempo y atención para percatarse de todo cuanto he tenido el propósito de exponer.

A continuación y con el fin de facilitar la comprensión del fin perseguido al realizar la publicación de *Los principios*, procedería a explicar el orden al que creo que el lector debe atenerse con el fin de instruirse. Inicialmente, quien sólo ha adquirido el conocimiento vulgar e imperfecto que cabe recabar por los cuatro procedimientos descritos con anterioridad, debe ante todo intentar formarse una Moral que pueda bastarse para reglar las acciones de su vida, porque la vida no tolera dilaciones y, además, porque debemos intentar sobre todo bien vivir (12). Después de esto, también debe estudiar la Lógica y no la lógica de la Escuela pues, propiamente hablando, sólo es una Dialéctica que enseña los medios para hacer entender a otro lo que ya se sabe, o incluso enseña a hablar sin juicio en relación con aquellas cosas que no se saben, corrompiendo de esta forma el buen sentido en vez de favorecer su desarrollo (13). Sin embargo, aquella lógica que enseña a conducir adecuadamente la razón para descubrir las verdades que se ignoran, dado que depende en gran medida del uso, es bueno que se ejerza durante largo tiempo mediante la práctica de las reglas relacionadas con cuestiones fáciles y simples, como son las de las Matemáticas. Posteriormente, cuando se ha adquirido un cierto hábito en el hallazgo de tal tipo de cuestiones, debe dedicarse a la verdadera filosofía, cuya primera parte expone la Metafísica; contiene los principios del conocimiento, entre los cuales se encuentra la explicación de los principales atributos de Dios, de la inmaterialidad de nuestras almas y de todas las nociones claras y simples que poseemos. La segunda parte da a conocer la Física; en la misma y después de haber hallado los verdaderos principios de las cosas materiales, se examina en general cómo todo el universo está compuesto; a continuación, cuál es la naturaleza de la Tierra y de todos los cuerpos que más comúnmente se localizan en ella, como es el caso del aire, del agua, del fuego, del imán y de otros minerales. Es necesario examinar, a continuación y de modo particular, la naturaleza de las plantas, de los animales y, sobre todo, del hombre, con el fin de ser capaces de identificar las otras ciencias que pueden reportarle utilidad. De este modo, la totalidad de la Filosofía se asemeja a un árbol, cuyas raíces son la Metafísica, el tronco es la Física y las ramas que brotan de este tronco son todas las otras ciencias que se reducen principalmente a tres: a saber, la Medicina, la Mecánica y la Moral, entendiéndose por ésta la más alta y perfecta Moral que, presuponiendo un completo conocimiento de las otras ciencias, es el último grado de la Sabiduría (14).

Y así como no se recogen los frutos del tronco ni de las raíces, sino sólo de las extremidades de las ramas, de igual modo la principal utilidad de la Filosofía depende de aquellas partes de la misma que sólo pueden desarrollarse en último lugar. Y aunque las ignore casi todas, el celo que siempre he mantenido por rendir algún servicio al público fue la causa de que hiciera imprimir hace doce años algunos ensayos acerca de cuestiones que estimaba conocer. La primera parte de estos ensayos fue un *Discurso relacionado con el Método que permite conducir adecuadamente la razón e indagar la verdad en las ciencias*. Allí expuse sumariamente las principales reglas de la Lógica y de una Moral imperfecta de la que hemos de proveernos mientras que no se llegue a conocer una mejor (15). Las otras partes estuvieron integradas por tres tratados: uno sobre *la Dióptrica*, otro sobre *los Meteoros* y el último sobre *la Geometría*. Mediante *La Dióptrica* tuve el deseo de mostrar que se podía avanzar lo suficiente en Filosofía como para acceder mediante la misma hasta el conocimiento de las artes que son útiles para la vida (16), ya que la invención de las lentes que aproximan los objetos, allí explicadas, son una de las más difíciles que jamás hayan sido indagadas. Mediante la publicación de *Los Meteoros* deseaba que se reconociera la diferencia que existe entre la Filosofía que yo cultivo y la que se enseña en las escuelas y que generalmente trata la misma materia (17). Finalmente, mediante *La Geometría* pretendía demostrar que había indagado algunas cuestiones hasta ahora desconocidas (18) y, de este modo, ofrecer la oportunidad para pensar que cabe descubrir otras muchas con el fin de incitar de esta forma a todos los hombres a la indagación de la verdad. Con posterioridad y apercibido de la dificultad que algunos habían tenido para concebir los fundamentos de la Metafísica, he intentado explicar los puntos principales en *Las Meditaciones* cuyo volumen, si bien no era extenso, fue aumentando y el contenido aclarándose en gran medida en razón tanto de las objeciones que algunas personas muy doctas me enviaron con tal propósito, como en razón de las respuestas que les he facilitado. Finalmente, cuando me pareció que los tratados precedentes habían preparado suficientemente el espíritu de los lectores para recibir *Los Principios de la Filosofía*, también los he publicado dividiendo el libro en cuatro partes. La primera de ellas contiene los principios del conocimiento que es lo que cabe denominar la Filosofía Primera o Metafísica; por tal razón y con el fin de lograr su comprensión, es conveniente leer previamente las Meditaciones que he

desarrollado sobre el mismo tema. Las otras tres partes contienen todo lo que hay de más general en la Física, esto es, la explicación de las primeras leyes o principios de la Naturaleza, la forma en que se han formado los cielos, las estrellas fijas, los planetas, los cometas y, en general, todo el universo; a continuación se explica la naturaleza de esta tierra, del aire, del agua, de la sal, del imán, sustancias que pueden encontrarse en cualquier parte de la tierra, así como todas las cualidades que se advierte que son propias de estos cuerpos, tales como la luz, el calor, el peso y otras. De esta forma creo haber abierto la explicación de toda la Filosofía por orden y sin omitir alguna de aquellas observaciones que deben preceder a las que han sido expuestas en último lugar. Pero, deseando llevar a término este proyecto, debería explicar de igual forma la naturaleza de cada uno de los otros cuerpos que se encuentran en la tierra, a saber, los minerales, plantas, animales y, de modo principal, el hombre; finalmente, debería tratar de Medicina, Moral y la Mecánica. Tal es lo que debería desarrollar para ofrecer a los hombres un cuerpo completo de Filosofía; no me siento tan envejecido, no desconfío tanto de mis fuerzas y no me considero tan alejado del conocimiento de lo que aun falta, como para no intentar emprender la conclusión de este proyecto si llegara a disponer de la comodidad requerida para realizar todas las experiencias de las que tuviera necesidad para apoyar y justificar mis razonamientos. Sin embargo, apreciando que para ello serían necesarias grandes inversiones que un particular de mi condición no podría satisfacer estando desasistido de la ayuda pública, y no viendo que haya de alcanzar esta ayuda, creo que debo contentarme con estudiar teniendo como fin mi instrucción particular y confiar que la posterioridad sabrá excusarme si, alcanzada esta situación, no me dedico a trabajar para ella.

Ahora bien, con el fin de que pueda apreciarse en qué estimo haberla servido, expondré cuáles son los frutos que pueden seguirse de mis Principios. El primero es la satisfacción que se logra al identificar en los mismos diversas verdades que han sido ignoradas hasta su publicación, pues, aunque la verdad no afecta en igual medida que las ficciones y falsedades a nuestra imaginación, en cuanto que parece menos admirable y más simple, sin embargo el contento que produce es siempre más permanente y más sólido. El segundo fruto es que el estudio de estos Principios nos habituará poco a poco a juzgar mejor de todas las cosas con que hemos de habérmolas y, de este modo, a

ser más sabios; tendrán, pues, un efecto contrario al que produce la Filosofía común, pues cabe observar fácilmente en los pedantes que tal filosofía les hace menos capaces de razonamiento de lo que serían si nunca la hubiesen estudiado. El tercero es que las verdades que estos Principios contienen, siendo muy claras y muy ciertas, alejarán todos los temas de disputa y, de esta forma, favorecerán una disposición en los hombres a la tolerancia (19) y la concordia; se producirá, pues, el efecto contrario que generan las controversias de la escuela que, al hacer a cuantos la estudian más puntillosos y obstinados en la defensa de sus ideas, bien pudieran ser la primera causa de las herejías y de las disensiones que padece el mundo en nuestros días. El último y principal fruto de estos Principios es que, al cultivarlos, se descubrirán muchas verdades que yo no he explicado en los mismos; de este modo, avanzando de unas a otras, se podrá adquirir con el tiempo un perfecto conocimiento de toda la Filosofía y acceder hasta el nivel más alto de Sabiduría. Pues, al igual que cabe apreciar en relación con las artes que, siendo inicialmente rudas e imperfectas, sin embargo, a causa de que contienen algo verdadero y cuyo efecto se percibe en la experiencia, se perfeccionan poco a poco en razón del uso, de igual modo cuando se poseen principios verdaderos en filosofía, no puede evitarse hallar otras verdades al desarrollarlos. No cabría probar de mejor manera la falsedad de los principios de la filosofía de Aristóteles que afirmando que no ha cabido realizar progreso alguno por medio de ellos después de haber sido respetados durante siglos.

Sé de la existencia de espíritus que se precipitan de forma tal y proceden con tan escasa circunspección en cuanto hacen, que, construyendo incluso sobre fundamentos sólidos, no llegarán a construir nada bien fundado. Y puesto que quienes proceden de tal modo son con frecuencia los mismos que son más propensos a redactar libros, podrían en poco tiempo desvirtuar todo cuanto he hecho y sembrar la incertidumbre y la duda sobre mi forma de filosofar. Por ello, he puesto mucho cuidado en negar toda vinculación con esos tales si son recibidos sus escritos como si fueran míos o bien como expresión de mis opiniones. He tenido hace poco la experiencia en uno que ha llegado a ser considerado como discípulo mío y del que incluso he llegado a decir en alguno lugar que «tan seguro estaba de la calidad de su ingenio que no estimaba que defendiera alguna opinión que no pudiera asumir como propia»; me he visto obligado a

descalificarle totalmente al realizar la publicación de un tratado titulado *Fundamenta Physicae* (20), en el que parece no haber omitido cosa alguna relacionada con la Física y la Medicina que no haya sido tomada de mis escritos, tanto de aquellos que he publicado como de otro aún no concluido, relacionado con la naturaleza de los animales y que ha llegado a caer entre sus manos. Así he debido proceder a causa de haber transcrito este tratado incorrectamente, haber modificado el orden y negado algunas verdades de la Metafísica, sobre las que la Física debe ser apoyada. Por ello, pido a mis lectores que no me atribuyan opinión alguna si no la hallan de forma expresa en mis escritos, y que no acepten como verdadera opinión alguna, ni en mis escritos ni en los de otros, si no aprecian que está muy claramente deducida de Principios verdaderos.

Estoy seguro de que han de pasar muchos siglos antes de que se llegue a deducir en la forma indicada todas las verdades que cabe deducir de mis Principios, pues la mayor parte de las que es preciso indagar dependen de la realización de algunas experiencias particulares que nunca podrán ser realizadas por azar, sino que deben ser construidas con cuidado y con altos costes por hombres muy capaces, y porque difícilmente acontecerá que sean las mismas personas las que tengan la capacidad de servirse adecuadamente de ellas y la de construir las. Finalmente y porque la mayor parte de los espíritus más cualificados han llegado a concebir una opinión tan mala de toda la Filosofía, inducidos a ello por los defectos que han observado en aquella que ha estado vigente hasta nuestros días, no podrán aplicarse al desarrollo de una filosofía mejor. Pero si finalmente la diferencia que aprecian entre mis principios y los expuestos por todos los otros, así como la gran secuencia de verdades que pueden deducirse, les lleva a conocer lo importante que es continuar en la búsqueda de estas verdades, y hasta qué grado de Sabiduría, a qué perfección de vida y a qué felicidad los pueden conducir, me atrevo a pensar que todos intentarán dedicarse a un estudio tan beneficioso o, al menos, creo que todos favorecerán y prestarán ayuda en toda la medida que les sea posible a quienes se dediquen a este estudio con provecho. Hago votos para que nuestros nietos puedan conocer su caso, etc.